

dad de Dios y en la mediacion de Cristo, Mesías prometido, hijo de Dios vivo, pero no persona de la Trinidad y por lo mismo de ninguna suerte Dios en esencia y sustancia. Este grande hombre precede á Bacon y Descartes en apuntar la observacion del mundo como criterio para las ciencias naturales, y la observacion de nosotros mismos como criterio de las ciencias metafísicas.

Si de estos grandes pensadores pasamos á los dos Sozzinis que tanta influencia tuvieron á pesar de su origen italiano en el Norte de Europa; si de los Sozzinis pasamos á tres hombres tan grandes como el poeta Milton, el filósofo Lokely, y el matemático Newton, los cuales profesan mas ó menos reservadamente las ideas unitarias de Servet; si de estos grandes pensadores apartamos los ojos para convertirlos al gran jefe de los kuáqueros en América y al predicador sublime que ha combatido la esclavitud de los negros, nos persuadiremos una vez mas de que las ideas puras, las ideas abstractas, las ideas etéreas, por lo mismo que son de suyo impalpables é incoercibles, atraviesan todas las hogueras sin quemarse las alas y vencen á todos sus enemigos en las definitivas victorias subsiguientes á los mas empeñados combates. Todavía no ha dispersado el viento las cenizas de aquel pensador ilustre, inmolado cuando acababa de arrancar preciadísimos secretos á la Naturaleza, y ya los discípulos suscitados misteriosamente como por impalpables efluvios magnéticos, los discípulos del mártir se reúnen y conciertan para difundir la idea que parecia reducida tristemente á cenizas y disipada en los giros del aire. Así todas las persecuciones del pensamiento, así todas las violencias del espíritu. Los tiranos que condenan, mueren; los verdugos que ejecutan, pasan; las llamas de las hogueras se extinguen; los rescoldos se enfrían y se disipan; mientras la idea queda en la conciencia humana donde no puede oprimirla ningun cetro, y trasciende de generacion en generacion y de siglo en siglo, con mayor eficacia á medida que va mas circundada por la sublime aureola del martirio.

CAPITULO XIV

LA OBRA DE CALVINO

Tras el terrible suplicio de Servet, Calvino se consagra, por completo, hasta la hora de su propia muerte, á la organizacion de la religion ginebrina y de su poderosa Iglesia. La revolucion religiosa llega en él á tomar un carácter profundamente reflexivo y á formular un ideal verdaderamente claro. El Protestantismo, por obedecer á las leyes de la variedad y representar el lado individual de la naturaleza humana, de ningun modo puede tener la rígida unidad y la organizacion formidable del principio católico, autoritario y absorbente. Además formado el Protestantismo en medio de una lucha cruel, definido entre controversias apasionadas, mezclado con la política y con la guerra, debia sufrir todas esas variaciones tan acerbamente criticadas por Bossuet y sus sectarios. Desde luego, el Protestantismo tiene un carácter monárquico en Alemania como sublevacion moral de los príncipes feudales contra la doble autoridad del Pontificado y del Imperio. El Protestantismo, aunque originario en Inglaterra del poder y aun del capricho de la monarquía, toma, efecto primero del carácter nacional y despues efecto tambien de las sucesivas revoluciones, el carácter parlamentario y aristocrático de la raza británica.

En Italia y en España, el Protestantismo, condensado en las cimas intelectuales de ambas naciones, patrimonio exclusivo de los entendimientos

superiores, toma un carácter completamente científico y se parece, lo mismo en los servetistas que en los zozinianos, á un cristianismo humanitario y racional. Donde la doctrina protestante adquiere su carácter democrático, es en Ginebra, indudablemente. Muchas asechanzas la rodeaban y por esta razón el alma de Calvino defiende aquel nido de sus ideas como puede el águila caudal defender el nido de sus polluelos. Combatida la Iglesia calvinista por el Duque de Saboya, teniente formidable de los Emperadores de Alemania y Reyes de España; combatida por el partido interior de los libertinos, quienes se sublevaban contra su yugo moral; combatida por la rivalidad de las demás Iglesias helvéticas, penetradas del espíritu de Zuinglio poco acepto al espíritu de Calvino; combatida por los mismos alemanes que miraban de mal ojo aquella brillantísima Universidad teológica donde iban los representantes de diversas naciones á recoger el protestantismo extremo y la extrema democracia que formaba para la República universal ciudadanos y soldados á un mismo tiempo; combatida finalmente por la Iglesia y por la monarquía de Francia, tan poderosas y tan cercanas, imponíase por sí misma la dictadura de Calvino en defensa natural de aquella iniciación necesaria en un nuevo ideal. Solo conozco á esta situación de la Iglesia ginebrina, solo conozco, decía, comparable la situación del pueblo israelita, rodeado á su vez de reyes y templos idólatras. Y así como sus sacerdotes, los fariseos, tomaron aquel carácter rígido, aquella intolerancia excesiva y decidieron separar su pueblo de todos los pueblos y su Iglesia de todas las Iglesias, Calvino se aisló también dentro de su fortaleza para consagrarse en alma y cuerpo al culto de una idea. Cuando se ve que esta idea pasa prontamente á Escocia y á Holanda, educa el puritanismo escocés que tanto ha esmaltado la conciencia humana, robustece las instituciones democráticas en los Países Bajos, funda la República en la misma Inglaterra, trasciende á las regiones de América, y encarna en aquel suelo vírgen el Verbo de todos los humanos progresos, el espíritu de la democracia universal, sin absolver ni aun atenuar los errores y defectos de Calvino, se imputan su mayor parte á las impurezas de la realidad y á las exigencias de la historia, reconociendo siempre, que si su obra peca en los comienzos de rígida y severa, sirve por sus resultados y por sus consecuencias á la libertad y al derecho.

De todos modos, la Reforma traía en sus dogmas al seno de la vida moderna el principio progresivo de la libertad de conciencia. Enemiga implacable del libre albedrío, compensaba tan craso error con una devoción incontrastable al principio del libre exámen proclamado por Lutero en la sublime conferencia de Worms y mantenido por los príncipes luteranos en la revolucionaria dieta de Espira. Además de sostener el principio del libre exámen, ponía un libro, la Biblia y su autoridad espiritual, sobre la autoridad personal de un Pontífice.

No puede en modo alguno desconocerse que todos estos principios, á pesar de su espiritualismo, se mezclaban con las circunstancias históricas en que surgían y tomaban una gran parte de su espíritu del combate mismo que las había engendrado. Por ejemplo, el principio cuasi fatalista del siervo arbitrio y de la divina gracia, no puede considerarse de ninguna manera en sí, desligado de toda circunstancia externa; por lo contrario, debe considerarse como un arma de guerra esgrimida contra el abuso de las indulgencias, de los sacramentos, de las obras en que cayera la Iglesia. Y lo mismo decimos de la intolerancia dogmática y moral de la Iglesia calvinista. Una y otra provienen de una necesidad incontrastable, provienen de las leyes fatales é indispensables á toda gran defensa. ¿Qué hubiera sido de aquella obra de regeneración sin su intolerancia dogmática, sin su culto á la divinidad de Cristo, sin su severidad moral, llevada hasta el extremo de convertir una República democrática en un convento católico?

Así pudo ejercer tan gran dominio sobre sus correligionarios y fundar una especie de apostolado calvinista. Farel, por ejemplo, hombre de acción más que hombre de palabra, nacido en Francia y llegado hasta el punto de ejercer una poderosa influencia en Ginebra, cede todo su poder, toda su autoridad á Calvino, reconociéndole no solo como su maestro, sino también como su jefe. Igual abnegación y sacrificio en Viret. Iniciador como Farel de la revolución ginebrina, sufrió por ella el martirio. Los canónigos saboyanos predominantes en la ciudad helvética le propinaron un veneno, y este avieso envenenamiento si no le quitó la vida por un milagro, le quitó la salud reduciéndole á una especie de perpetuo enfermo. Sin embargo, en cuanto Calvino se presenta, Viret le cede como Farel su puesto. Y así como Farel se consagra

con toda su voluntad, con toda su energía, con toda su acción á fundar la Iglesia, la moral, la teoría calvinista en las orillas del lago de Neuchatel, conságrase Viret á fundar la misma Iglesia y la misma doctrina en la tierra encabezada por la ciudad de Losana. Hombre que tal autoridad ejercía, por fuerza presentaba méritos extraordinarios á los ojos de todos aquellos que se le acercaban, los cuales concluían siempre por seguirle y aun por adorarle. El gran escritor Teodoro de Beza le sigue á todas partes, le defiende hasta en sus errores, le apoya en el proceso de Servet, le adoctrina discípulos, le allega partidarios, le publica su vida y le hereda en su Iglesia. El gran jurisconsulto é historiador Hotman, quien se distingue y eleva entre todos los escritores calvinistas por su calorosa defensa de la República y su acusación fiscal á la vieja monarquía histórica, lleva también al seno de Ginebra la clara luz de su ciencia. No menos gloria dan á la ciudad y al nombre de Calvino aquellos impresores, gloria del Renacimiento, parecidos á los Aldos de Venecia, y que no se contentan y satisfacen con aplicar el grande instrumento del progreso moderno á las ciencias, sino que, literatos y sabios, difunden las lenguas clásicas y dejan en su obra magna conocida con el nombre de «Tesoro del griego» un monumento no superado en grandeza por ninguna edad. Junto á estos ilustres nombres encuéntrase el caballero hugonote Francisco de Nogue, el filósofo Mornay, el historiador D'Aubigné y tantos y tantos otros como se acogían llegados de Italia, de Alemania, de todas las regiones vecinas para sostener y difundir el calvinismo.

Caso raro. La doctrina y la Iglesia de Calvino educan una democracia, y sin embargo, no puede llamarse Calvino en política, ni un demócrata, ni un republicano siquiera, ni mucho menos, lo que hoy conocemos y designamos con el nombre de liberal avanzado. Respecto á formas de gobierno y á principios de política, permanece Calvino en la mayor indiferencia. En su sentir toda teoría política raya en temeraria, porque no puede por nadie aseverarse cuál sea el mejor régimen cuando todo régimen debe tanto al concurso de las circunstancias. En su indiferencia llega el reformador hasta decir, que comparados unos con otros los ideales políticos, en el fondo se identifican y confunden todos, como se identifican y confunden las sombras en la noche. Después de tales afirmaciones, precisa no dar grande importancia definitivamente

al principio popular sustentado por Calvino mas bien que á impulsos de las ideas propias, á impulsos de las circunstancias históricas. Gústale por entonces, sin duda, el gobierno popular, mas por la razón de dominar en Ginebra que por la razón de creer en su virtud y en su eficacia. Mal se aviene con su deseo de un gobierno que tenga en libertad al pueblo su dogma del derecho divino de los reyes ó de los imperantes y de la obediencia pasiva de los ciudadanos ó de los súbditos. En este punto parece Calvino á Bossuet ó á Granada. Sin embargo, contra su voluntad, contra su propósito, mal de su grado, sin advertirlo, sin pensarlo, indeliberada, inconscientemente como ahora se dice, Calvino, al poner la letra de las Escrituras sobre la interpretación del clero, al poner la conciencia íntima sobre la fe histórica, al poner las leyes divinas sobre las leyes humanas, echa los fundamentos del Cristianismo republicano que ha de iniciar necesariamente la educación de la democracia moderna.

Así la influencia republicana de Calvino se observa en todas las manifestaciones democráticas de su tiempo, mientras la influencia de Lutero se observa en todas las manifestaciones monárquicas. Él, Calvino, consiguió por 1534 imponer á todos los cantones protestantes una comun fórmula de fe. Intransigente siempre, tuvo, en aquella ocasión, la flexibilidad necesaria para sacrificar una parte de sus ideas al comun sentir y al comun pensar de los helvéticos.

Así, lo mismo en el siglo décimoséptimo que en el siglo décimo octavo, cuando la ortodoxia se perdía ó los protestantes se descarriaban, reaparecían las ideas de Calvino y lograban mantener una verdadera fe. Y este carácter republicano de su protestantismo, tanto mas notable cuanto que nacía del conjunto de las ideas mas bien que de la voluntad personal del reformador, trascendió á las ciudades suizas. Bullinger, después de Zuinglio, dominó en Zurich; Haler dominó en Berna, donde surgiera para honor eterno de esta ciudad una viva protesta contra el suplicio de Servet; Ecolampadio dominó en Basilea; pero en las demás ciudades helvéticas y aun en estas mismas ejerció Ginebra una capitalidad indudable y debida por completo al genio de Calvino. No contento con hacer de la ciudad el foco de la reforma, dominó en Losana por Viret, en Neuchatel por Farel y en todas partes por la superioridad de su talento y por la fuerza y virtud de su complexión.